



Este es el momento de ver a los pobres

Joachim von Braun, Stefano Zamagni, Marcelo Sánchez Sorondo



Science 17 Apr 2020:

Vol. 368, Issue 6488, pp. 214

DOI: [10.1126/science.abc2255](https://doi.org/10.1126/science.abc2255)

La pandemia por coronavirus 2019 (COVID-19) ha iluminado las desigualdades que han puesto a las personas pobres, tanto en países de bajos ingresos como en países ricos, en el mayor riesgo de sufrir. El Papa Francisco señaló recientemente eso en una entrevista: "Este es el momento de ver a los pobres".

Hasta que la ciencia encuentre los medicamentos apropiados y una vacuna para tratar y prevenir COVID-19, la paradoja de hoy es que todos necesitan cooperar con los demás y al mismo tiempo aislarse como medida de protección. Sin embargo, mientras que el distanciamiento social es bastante factible para las personas ricas, las personas pobres que se apiñan en barrios marginales urbanos o campamentos de refugiados no tienen esa opción y carecen de máscaras faciales e instalaciones para lavarse las manos. Para abordar los riesgos en ciudades grandes y abarrotadas de países en desarrollo, debemos apoyar la prevención mediante test epidemiológicos, proporcionando acceso a equipos de protección (especialmente barbijos y guantes) y lanzando con gran esfuerzo la construcción de hospitales provisionales o de campaña para aislar a las personas infectadas.

Además, la brecha digital entre ricos y pobres puede estar costando vidas. La distribución desigual de la tecnología y los recursos en línea significa que la información crucial sobre COVID-

19, particularmente las advertencias y las respuestas tempranas recomendadas para la fase inicial, no son oportunas, si es que se reciben, en las comunidades de bajos ingresos. Sin acceso a información responsable, transparente y actual, una cacofonía de supuestos no comprobados puede extenderse a través de las comunidades pobres. Esta brecha en el acceso a la tecnología también se traduce en una falta de oportunidades para el aprendizaje a distancia mientras las escuelas están cerradas, y el teletrabajo durante el cierre social es inviable para millones de trabajadores de bajos ingresos debido a la naturaleza de sus trabajos y la falta de acceso a la infraestructura de comunicaciones. Lo que COVID-19 nos está enseñando es que el acceso universal a Internet y las tecnologías de comunicación deberían ser un derecho humano.

Desafortunadamente, estas desigualdades conducen a otras en las comunidades menos habientes. COVID-19 está afectando negativamente a las economías nacionales y está destruyendo pequeñas empresas también agrícolas. Las consecuencias perjudiciales para los sistemas alimentarios, especialmente, perjudican a las personas con menos recursos, que gastan la mayor parte de sus ingresos en alimentos. Esto aumenta el hambre y exacerba la amenaza a la salud pública de la pandemia. COVID-19 socavarán la agenda global para avanzar en los objetivos de sostenibilidad de las Naciones Unidas (ONU), en particular los relacionados con la pobreza, el hambre, la salud, el trabajo decente y el crecimiento económico, a menos que el mundo coopere e incluya el rescate de agricultores y de pequeñas empresas, a fin de evitar una crisis económica mundial.

COVID-19 también ha expuesto la fragilidad de la interconexión. El aumento de las interacciones económicas mundiales ha abierto el mundo a flujos transfronterizos masivos de bienes, servicios, dinero, ideas y personas. Eso permitió a muchos salir de la pobreza. Sin embargo, para frenar la rápida propagación del síndrome respiratorio agudo severo – el coronavirus 2 (SARS-CoV-2) – se requiere cerrar las fronteras alrededor de los puntos críticos de infección. Estos cierres deben ser solo temporales y no deben obstaculizar la cooperación entre las naciones para manejar la pandemia. Deben compartirse los recursos humanos, el equipo, el conocimiento sobre test, tratamientos y suministros, así como los bienes no de mercado y espirituales, incluso con los países pobres. La pandemia inicialmente inspiró a las naciones a mirar hacia adentro. Buscar una solución a COVID-19 a través del aislamiento nacional sería contraproducente. SARS-CoV-2 no reconoce fronteras. Las naciones ricas necesitan apoyar a las organizaciones transnacionales y de la ONU en sus esfuerzos globales para controlar la propagación de este contagio.

La capacidad científica en general, y específicamente relacionada con las enfermedades infecciosas, es muy desigual en todo el mundo. Esto contribuye a un mayor riesgo de sufrimiento en las naciones pobres. Las causas fundamentales y la prevención de enfermedades infecciosas causadas por bacterias, virus o parásitos que se propagan de los animales a los humanos, por ejemplo, requieren una investigación cooperativa que esté cerca de las áreas de riesgo potencial, incluso en las naciones pobres. Ahora es el momento para que el mundo desarrollado se comprometa a mejorar tal tema. Si esta brecha en la capacidad científica continúa creciendo, el

interés de las naciones ricas se volverá más limitado y dejará más carga de enfermedad entre los pobres.

Otras crisis mundiales importantes, como el cambio climático y la pérdida de biodiversidad, exigen respuestas globales cooperativas que no excluyan a los pobres. Una vez que COVID-19 está bajo control, el mundo no puede volver a los negocios como siempre. Se debe llevar a cabo una revisión exhaustiva de las cosmovisiones, los estilos de vida y los problemas de la valoración económica a corto plazo. Se requiere una sociedad más responsable, más compartida, más solidaria, más inclusiva y más justa si queremos sobrevivir en el Antropoceno.